

Zaida Ríos

LA  
OTRA  
VOZ



OTROS MUNDOS

© 2024, Zaida Ríos

Diseño de portada: E.L., S.A. de C.V. con la colaboración  
de Daniel Bolívar

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,  
Alcaldía Azcapotzalco,  
02400, Ciudad de México

Miembro de la Cámara Nacional  
de la Industria Editorial Mexicana

Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-576-3

Primera edición, agosto de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,  
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



A mi hija Jamile, gracias por demostrarme que  
siempre habrá una mente voraz como la tuya,  
lista para leer mis historias.

Y a mi Gitano, gracias por creer en mí y por susurrar  
una noche desde tu corazón: "¡Que viva Aztlán!".

Los Amigos.

**Material  
de trabajo**

**Libro Primero**

EL EXILIO

Material  
de trabajo

**Material  
de trabajo**

## Prefacio

Sé que mis acciones podrían considerarse terribles, incluso abominables, pero juro que hay nobleza en lo que hago. La verdad es que no estoy dentro de ningún mal en el acto de matar, pero tengo que cumplir con mi deber.

Existen monstruos de verdad en el mundo, que caminan entre nosotros y se hacen pasar por personas ordinarias, pero no lo son. Buscarlos y eliminarlos es mi misión, y es cuando encontré a la anciana en el poblado de Villas del Carbón, en el Estado de México, destiné tiempo y recursos para confirmar que se trataba de una auténtica descendiente de los antiguos vigilantes. Muchos testigos aseguraron que la anciana era una bruja, que tenía poderes de oráculo, y aunque esa clase de afirmaciones usualmente son el mejor rastro para dar con *ellos*, no es suficiente.

Tenía que verla en persona, así que viajé para concertar una cita y esperé a que me atendiera. Antes de actuar, siempre debo comprobar que se trata de uno de ellos; un detrito.

Mi compromiso es con Dios, y ese jefe no acepta errores.



*No es una víctima*, repetía en mi mente, mientras la observaba consultar su baraja. Cerré los ojos y me concentré en la plegaria que siempre uso para calmar mi conciencia: *Someto mi voluntad a la tuya, Señor, y ruego para que tu voluntad perfecta se haga en mí.*

Mientras la anciana estudiaba sus cartas, permití que una fantasía me distrajera para aliviar mi angustia. Imaginé que era inocente y que yo le permitía conservar su vida. Pero entonces sucedió el verdadero milagro.

La anciana habló y con cada palabra se despejaron mis dudas.

Una tras otra, las cartas de tarot revelaron mi historia y mis secretos con una precisión imposible. Fue como si y aguanté toda su arrogancia, mientras hacía gala de sus monstruosas habilidades de adivinación, hasta el emocionante momento en que se inclinó en mí con un suspiro.

Entonces, mi nerviosismo dio paso a otro sentimiento: el apoyo que me otorgaba por la razón y una causa justa.

Entonces nos mirábamos frente a frente. La anciana tenía el rostro enjuto y la respiración contenida, sus ojos se elevaron hasta encontrarse con los míos. Parecía confundida, luego asustada. Su mano temblorosa dejó sobre la mesa la última carta de tarot y, tras aclararse la garganta, pidió que se marchara.

Fue maravilloso atestiguar el instante exacto en que intuyó su sentencia de muerte. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se cubrió la boca para sofocar un alarido de angustia.

Le di las gracias, me levanté de la silla lentamente y, según lo acordado, dejé un billete sobre la mesa.



—Lléveselo, no quiero su dinero —lloriqueó la anciana.

Yo la ignoré y salí del cuartucho.

Hace casi siete años que no veo a mi maestro, ni me comunico con él, pero saber la verdad sobre lo frágiles que somos los seres humanos y lo próximos que estamos a enfrentar nuestra extinción es una de las razones que me hacen cumplir con mi juramento.

—*Y serán los vástagos con mirada de cómplice, los que se alzarán contra el templo de piedra para revelar todos sus misterios, y ese día se desatará la ira de Dios. Llegará con la misma furia de una estrella que cae del cielo, para consumir la tierra entera, y raer de ella a sus pecadores...* — Con el recuerdo de la profecía acariciando mis labios, me oculté por la noche en la casucha que anocheció, a una distancia que me permitía vigilar la vivienda de la anciana y reafirmar mi propósito con una convicción abrumadora.

Cuando me escondí, repasé en forma metódica el contenido de mi mochila. Siempre llevo todo lo necesario para las emergencias. He hecho lo mismo tantas veces en los últimos diez años que a estas alturas soy capaz de apagar mis emociones y anticipar la cárcel.

Cerca de la medianoche, observé con el visor nocturno que los dos hombres se despidieron en la puerta de la anciana. Ella esperó en el umbral hasta que las figuras se perdieron en el sendero cercano a la carretera, después inspeccionó los alrededores y en una carrera alcanzó el portón, colocó un inútil candado en la cerradura y regresó para encerrarse en la casucha. Por fin estaba sola.

Su ingenuidad me hizo sonreír.

A las dos de la madrugada salí de mi escondite. Me acerqué con sigilo, pero los perros ladraron fieros al detectar mi olor. De la mochila extraje un puñado de bocadillos envenenados y los aventé hacia los animales.

Treinta minutos después, constaté con el silencio que todos habían recibido una buena dosis. Conté a los ocho animales tendidos en el patio, luego brinqué la malla de metal que hacía las veces de cerco y me colé a la vivienda por la puerta de la cocina.

En la mano sostenía una jeringa con la dosis de bromuro de vecuronio: la poderosa droga que bloquea el proceso de transmisión entre la terminación de las fibras motoras y los músculos provocando una parálisis total. Lo que realmente me gusta de esta sustancia es que la inmovilidad, tan necesaria en el quirófano, no compromete el estado de consciencia. Como es lógico, durante las cirugías debe de combinarse con otras drogas, pero por sí solo, el bromuro de vecuronio ha permitido que cada uno de los monstruos que ejecuté en el pasado no sintiera todo, ni poder moverse, ni gritar, ni escapar.

Encontré a la mañana en su cama. La sometí con facilidad, su resistencia fue mínima. Cuando abrió los ojos lagañosos por la seguridad y se encontró con los míos, se limitó a reaccionar dócil, como un conejo. Al sentir el pinchazo de la jeringa, ella contuvo la respiración. La droga tardó unos minutos en hacer efecto.

Me quedé de pie a su lado y registré su angustia en mi memoria.

—*Deum Patrem omnipotentem, defende nos in proelio; contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Amen*<sup>1</sup> —murmuré con fervor las palabras que el maestro me enseñó tantos años atrás y que siempre son el preludio de la justicia que imparto. Soy el instrumento de Dios.

De la mochila, extraje un estuche de piel donde guardo el juego de cuchillas quirúrgicas, las pinzas y mi confiable oftalmoscopio, con el que siempre hago la última comprobación.

Abrí los ojos de la mujer, encendí la herramienta y el intenso haz de luz se proyectó sobre sus pupilas. Los iris de la anciana eran de un color parecido al caramelo, con algunos destellos claros semejantes al ámbar, pero en la parte más cercana a su pupila izquierda, se encontraba la innegable marca de los vigilantes: un pequeño lunar violeta que se fundía con el marrón más

La mancha era casi imposible de detectar a simple vista, pero al examinarla: la prueba definitiva de su ascendencia. El óvulo hasta los Gólgos. Ese punto de color ante el que me libra de la culpa de uno de los más graves de los mandamientos. No matarás.

Ella no era humana y por eso merecía el castigo.

—*Cruz Sancte mihi lux, non Draco sit mihi dux. Vade retro, Satana.* —El cirujano firme introdujo el escalpelo en las cuerdas de la anciana—. Por la cruz y la espada, yo te purifico.

---

<sup>1</sup> Dios, Padre Omnipotente, defiéndenos en la lucha; sé nuestra ayuda contra la malicia y las tretas del demonio. Amén.

<sup>2</sup> La Santa Cruz sea mi luz, no sea el Demonio mi guía. ¡Aléjate, Satanás!

Con manos firmes, extraje sus globos oculares y los guardé en un recipiente lleno de alcohol.

Nunca me ha gustado el aroma de la sangre fresca, su textura pegajosa ni su sabor metálico. No encuentro placer en los actos violentos ni en el sufrimiento que inflijo, pero entiendo que todo eso es necesario, pues el dolor es la única forma de purificar la carne.

Encontré el mazo de cartas en la mesita de noche y tomé una, la piel en el cuello se me erizó al contemplar el dibujo blasfemo que saludaba desde el cartón, como un símbolo de todo el mal que esas estructuras han diseminado en el mundo.

Fui a la cocina para abrir las llaves de gas y cerré todas las ventanas. Extraje con cuidado el explosivo de mi mochila y abandoné la casa con mis trofeos, dirigiéndome al escondite, a una casa más segura.

La explosión iluminó el cielo nocturno. Todo en esa casa ardió y se derrumbó. La silueta de la cabaña se vistió de amarillo brillante. Las llamas, bolas de oxígeno, subieron al cielo, mientras mis misericordes dientes lo consumían todo.

Un escalofrío bajó por mi espalda y todo mi cuerpo se estremeció. Percibí el sutil aroma a rosas que usualmente me embriaga antes de experimentar el éxtasis de la conexión con mi Señor Todopoderoso.

—Tomo la Armadura de Dios, para poder resistir el día malo, y habiendo acabado con la labor, seguir firme en tu lucha, Señor... —murmuré mientras el sudor me humedecía la ropa y temblaba con intensas pulsaciones cálidas bajo la piel.

Un segundo fagonazo provocó el colapso de los muros de la vivienda y las ráfagas de aire avivaron el fuego, mientras mi cuerpo se volvía ligero, casi ingrávido, y, por un segundo, la luz divina de mi Creador me envolvió.

De mi mano cayó la carta del tarot con la leyenda EL DIABLO, escrita en letras cursivas.

Desde el cartón, el demonio rojo con cuernos y patas de animal sonreía pletórico, sentado sobre un pentagrama. Mientras, a lo lejos, la más perfecta pira funeraria competía con la tenue luz de las estrellas.

Material  
de trabajo

**Material  
de trabajo**

El desvencijado ventilador de techo se columpiaba amenazante sobre la cama. Las tres aspas de metal opacas creaban una corriente de aire cálido por todo el diminuto cuarto.

Azul despertó con un sobresacón; la camisa se le pegaba al pecho y la cama era una alfombra de sábanas húmedas de sudor. Las pesadillas cada vez eran más vívidas y frecuentes. En el sueño se encontraba atrapado en un incendio y estaba seguro de que aún podía sentir la garganta en carne viva, el ardor en los ojos, el fuego quemando su piel y la fuerte punzada en el pecho por la falta de aire.

Buscó su teléfono debajo de la almohada. Eran las tres cuarenta de la madrugada y hacía casi tanto calor como la tarde del día anterior.

*Tres horas de sueño son mejor que nada*, pensó resignado.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño. Necesitaba refrescarse con urgencia y eliminar la sensación de ca-



bello achicharrado y de humo que le cerraba la garganta, además de la angustiada idea de que aquello no había sido una simple pesadilla.

Al encender la luz, observó su reflejo en el espejo sobre el lavabo; arrugó la frente y el hombre rubio y delgado, de ojos color malva, le regresó el gesto. Se desnudó rápido, entró en la ducha y abrió el grifo, pero sólo brotó un listón delgado de agua tibia.

*Hoy no soltaron el agua*, dedujo con creciente frustración.

Recolectó unas gotas entre sus manos y se mojó el rostro.

Salió de la ducha, con la sensación de que las plantas de sus pies hormigueaban y no podía mantenerlos firmes y quietas. Estuvo tentado a buscar las pastillas en la botella de mezcal, pero se contuvo.

—Contrólate, controlate, ¡caraj! —se ordenó en un murmullo mientras recordaba lo mucho que había aumentado su dependencia a la droga. Sabía que el abuso de las benzodiazepinas era peligroso, pero más el groso era que creían de hacerle efecto.

Las últimas semanas, se le ponía nervioso al anochecer; buscaba cualquier pretexto para mantenerse despierto, como si las horas de oscuridad le provocaran una fobia. La combinación de estrés y poco descanso lo orillaban a un constante estado de alerta que no ayudaba en lo absoluto. Tomaba el doble de alcohol y había roto su estricta regla de no modificar la dosis de calmantes.

Observó que las palmas de sus manos temblaban y apretó los puños.

*No es posible que necesite una dosis tan pronto*, se reprochó en silencio.

Años atrás, Azul descubrió que algunas drogas tenían el efecto secundario de suprimir su capacidad para percibir el mundo sobrenatural. Por primera vez en su vida fue capaz de tocar a otro ser humano sin escuchar sus pensamientos y, por un tiempo, se olvidó de los fantasmas y espectros que lo acosaban desde su infancia.

Ahora tenía suerte si lograban ayudarlo a conciliar el sueño, pero no podía suspender su uso.

Una ligera brisa se coló por la puerta de la cabaña. Hacía semanas que la dejaba abierta durante la noche, pues ésa era la única forma de soportar el sofocante calor peninsular. Desechó los pensamientos autocompasivos y, a pesar de la hora, decidió salir al desierto con dirección a la playa. Caminó por el sendero de tierra hasta ascender por una pendiente pronunciada. A cada paso, sus pies se hundían en la arena firme y seca. La luna llena iluminaba hasta los más insignificantes detalles de paisaje. El viento soplaba fresco desde la playa, pero se podía sentir el calor abascano que más tarde lo hollaría.

Rebuscó la cima de una enorme duna para encontrar su lugar favorito, donde lo esperaba un desvencijado camastro de madera que él mismo armó con tarimas y cargó hasta la cumbre de la montaña polvorienta. Tomó asiento y contempló la playa. Kilómetros de arena y estrellas infinitas. Aguzó los ojos y, luego de unos segundos, encontró al viejo pescador. A pesar de tratarse de un espectro, no le molestaba su presencia. Como todas las manifestaciones de ese tipo, esa aparición era menos que un eco o un recuerdo que nunca le prestaba atención. Sólo se mantenía erguido e inmóvil cerca de la

orilla cada noche, esperando hasta el amanecer para entrar en el agua y desaparecer.

Azul llevaba años atestiguando el extraño ritual. Cada vez que despertaba con el alba y aprovechaba para ir a nadar o surfear, encontraba al viejo mirando la vastedad del océano hasta que los primeros rayos del sol asomaban; luego desaparecía.

De entre todos los seres y manifestaciones con los que podía entrar en contacto, los espíritos eran sus favoritos pues, por lo general, eran inofensivos y apenas lo notaban. De quienes debía cuidarse era de los fantasmas, ya que tenían conciencia y una habilidad que detectaban su presencia se volvían hostiles de forma incansable.

Con el tiempo entendió que esas entidades existían en un plano distinto, pero conectado a la realidad, una especie de membrana que rodeaba el mundo y que sólo él podía percibir. Al escucharlo, Azul le llamaba *éter*.

Las drogas le permitieron ignorar al éter y a todas sus criaturas por un tiempo. Pero se volvían vuelto; poco a poco se volaban en su realidad a pesar de los narcóticos y casi sin darse cuenta, el éter se volvía algo habitual.

Las olas chocaban atronadoras en la playa y la inundaban con una lluvia de tonalidades opalinas, en la que se perdía el espíritu por momentos.

Azul se recostó sobre la superficie áspera y reseca de madera e intentó despejar su mente. Luego de las pesadillas lo invadía una desagradable sensación de conflicto y urgencia, que invariablemente terminaba por convertirse en crisis de ansiedad. Cerró los ojos y se concentró en su respiración. Hizo un esfuerzo por olvidar los de-

talles de sus sueños, pero las imágenes se mezclaron en un torrente caleidoscópico. Los rostros de hombres y mujeres bailaron detrás de sus párpados cerrados. Figuras convulsas en medio de las llamas, con expresiones agónicas y gritos asfixiados, atrapados para siempre en el humo.

La sensación de que un vacío insalvable se abría en medio de su abdomen anunció el próximo ataque. La ansiedad se manifestó con descargas eléctricas y por unos segundos fue como si colgara de la orilla de un precipicio, a punto de desplomarse en el abismo. Con cada inspiración que forzaba en sus pulmones, la idea cobaba forma hasta convertirse en una certeza desgarradora que lo engullía.

*Es mi culpa, pensó pesada de la desesperación...*

Los últimos años cayeron como a golpes en su vientre, hasta arrancarle el sollozo.

*Es inútil, todo es inútil, no importa lo que haga...*

Renunció en los últimos años, todos sus esfuerzos por sobrevivir, viajar como pagabando, los trabajos insulsos, la soledad, los excesos, las mentiras...; atrapado en el infructuoso ejercicio de evadirlo todo.

Como una púcula que exigía ser exprimida, un alarido brotó desde el fondo de su garganta. La culpa y la conciencia se sobardía lo hostigaron, mientras se repetía que todo era inútil. Huir y esconderse era inútil, luchar contra su don era inútil, fingir ser alguien más era inútil, y tratar de olvidar rayaba en la estupidez.

Buscó en sus bolsillos y encontró la vieja navaja suiza a la que siempre recurría en momentos como ese. Con la misma devoción que un adicto le imprime a la si-

guiente dosis de veneno, enterró la hoja en la carne de su antebrazo izquierdo. El dolor era brillante y profundo, lo abrazó igual que una frazada color carmesí y lo aisló del resto del mundo. Por unos segundos, todo fue luminosidad abrasadora. Se esforzó por concentrarse en el dolor físico y limpiar su mente. Respiró profundo al ritmo de las olas y con cada inspiración puso todo su empeño en convertirse en un cascarón vacío. Poco a poco, la herida del brazo dejó de escocer y llegó el silencio.

Lo embargó la oscuridad de la inconsciencia. Se convirtió en un ser ingrátido y fútil, irrisado, sin dolor y sin miedo. Fue como flotar en el océano y no ser nada más que agua salada.

Pero de entre la calma y el silencio, llegó la claridad de una voz familiar:

*¡Corre, Azul!, no te detengas, corre y no seas de correr, hijo, no vuelvas, no busques ayuda a tu hermano, no digas nada!, ¡prométemelo!, ¡prométemelo!...*

Los estruendos gritos lo obligaron a incorporarse. Por un momento, la luz lo cegó. El sol estaba en lo alto del cielo y calentaba fuertemente. Todo su cuerpo estaba cubierto de una ligera capa de arena. Por la posición del sol, supo que había pasado por lo menos tres horas. Se había quedado a ciegas.

El sueño y el descanso volvían a cobrarle factura.

Un instante después de abrir los ojos, reconoció los lamentos agónicos de su madre; aquellos que le dirigió, años atrás, antes de morir. Antes de que se la tragara el fuego y sus ojos se fundieran entre las llamas.

El pecho revuelto de Azul estaba a punto de desbordarse. Las lágrimas brotaron impulsadas por el huracán

que le revolvía las entrañas. Las últimas palabras de su madre rebotaban con un eco profundo y doloroso dentro de su memoria: *¡Corre, Azul!, ¡no lo busques nunca!...*

En su antebrazo, la sangre había formado una costra que se adhería a la tela de su camiseta, pero la herida había sanado. Como única señal de su manía por la automutilación, sólo quedaba un delgado borde blanquecino de carne, que se fundía junto a la intrincada telaraña de cicatrices que adornaba su piel.

Azul regresó enfurecido a la cabaña. Desertó del régimen de racionamiento y tomó la primera dosis doble de diazepam con un largo trago de mezcal.

Horas después, se dirigía a su trabajo con el espíritu revuelto y una sonrisa idiota dibujada en el rostro.

Los ojos, de un extraño color violeta (por los ojos azules, estaban apañados) eran los ojos de un hombre que prefería renunciar a sí mismo con el fin de tener un poco de paz. Las memorias ya rebotaban dentro de su cabeza formando ecos insostenibles, habían quedado atrapadas en las nubes algodonosas del narcótico, al igual que la esperanza de volver a tener cerca a la única familia que le quedaba en el mundo, su hermano y único amigo: Nicolás.